facilidad de engañar á los incautos y de sacar de ellos el partido que se proponian, continuaron el proyecto iniciado desde los últimos años del gobierno vireinal, de multiplicar las lógias llamadas escocesas, y hacer entrar en ellas á los hombres que se manifestasen contrarios y decididos contra el presidente de la regencia. El misterio con que se cubrian sus reuniones, el ceremonial que se observaba, las doctrinas que se sostenian, el odio á los reyes y á la inquisicion, y mas que todo el poder que se suponia en sus manos por maniobras ocultas y bien combinadas, infundieron un terror parecido al de la inquisicion misma. Aun entre la gente mas entendida se creyó que semejantes asociaciones eran muy capaces de derribar al gobierno y de consolidar ventajosamente las libertades públicas. Muchos por el espíritu de novedad, algunos para dar importancia á sus personas y relaciones, y otros por un bastardo interes, hicieron tan considerable el número, que llamó la atencion de las autoridades que veian amenazado el órden establecido. La circunstancia, sin embargo, de creerse generalmente que los llamados fracmasones eran contrarios á la religion y á la Iglesia, no les permitió por entonces, ni despues tampoco, ganar todo el ascendiente que deseaban sobre las masas populares. El partido liberal, como todos los bandos políticos, admitió cuanto se le presentaba, y habiendo entrado en estas lógias muchos de sus directores y hombres notables, las protegió con empeño, recibió sus servicios, y no tuvo vergüenza de confundir la causa que defendia con tan miserables y ruines maquinaciones.

La opinion por un gobierno que diese seguridades á la iglesia, que dejase sin vigor los decretos por los cuales se habian estinguido la Compañía de Jesus y las religiones hospitalarias,

aunque la estincion de estas últimas no habia tenido efecto en algunas provincias, y que promoviese, en fin, cuanto fuera conducente para mantener el culto en todo su esplendor y los sentimientos piadosos en toda su fuerza, era general en el pueblo y en las clases sin escepcion alguna. El partido liberal en la junta, sin contrariar ni las solicitudes que se dirigian á ésta pidiendo el restablecimiento de aquellos cuerpos, ni el voto de la regencia y de su presidente, pudo lograr que no se tratara el negocio, apelando á la reunion prócsima del congreso á quien tocaba resolverlo. La junta sin embargo, ordenó que no se cumpliesen las diversas disposiciones de las Córtes sobre los requisitos que préviamente debian llenarse para abrir los noviciados de los conventos, y sujetar éstos á todas aquellas condiciones que en concepto de los liberales eran bastantes para destruirlos, sin que ante el público apareciesen las Córtes como responsables cuando solo se limitaban á dar reglamentos que impidiesen los abusos que debian corregirse.

El partido liberal, en los asuntos de la iglesia, nunca ha procedido de buena fé, y ha tenido la temeridad de querer atacarla con sus propias armas, ya comprendiendo mal su espíritu y doctrina, ya imputándole las faltas que ella misma deplora de algunos ó muchos de sus ministros. Pero en honor de la verdad debe decirse que ese partido en México, y si no el partido, sus principales directores, solo obraban entonces por imitacion, y que siendo de una escelente conducta privada y pública, estuvieron muy distantes siempre de minar los cimientos de la religion, de encender las pasiones contra el clero y de favorecer las teorías absurdas que propagaban los libros de la época del deismo y materialismo. Cedian á las ecsigencias de la novedad y

al ascendiente que ejercian en todos los espíritus las Córtes de España, y por esta razon estraviaron el movimiento general, que dirigido diestramente por Iturbide, tenia por principal objeto, hecha la independencia, evitar reformas é innovaciones peligrosas: se desconocieron el espíritu de la revolucion y las necesidades mas vitales de la sociedad mexicana, que no queria perder ninguno de los elementos de su ecsistencia; pero á pesar de esto, á los hombres de que se trata se deben los límites que se fijaron á las nuevas doctrinas y la resistencia vigorosa que hicieron pasados algunos años á la reaccion contra la iglesia, adoptando todos los principios sanos y lamentando no haber tenido mas esperiencia y mas respeto á las costumbres piadosas del pueblo, que ha juzgado con mejor sentido en materias de religion que los hombres que lo han gobernado.

Corria el tiempo, y nada arreglaban ni la regencia ni la junta soberana, ni aun en aquellos ramos que eran preferentes para el mismo gobierno, porque sin ellos su autoridad era ineficaz y la administracion no podia dar paso que no la desacreditase. Pero como se creia que las cosas debian permanecer en situacion tan violenta, y que el congreso que se iba á convocar era el único capaz de remediarla, la junta se ocupó de la ley de elecciones, y de nombrar comisiones que preparasen los trabajos de aquel cuerpo para la formacion de los códigos, proteccion del comercio, agricultura é industria, arreglo del ejército, sistema de hacienda y plan de estudios. El partido liberal percibió desde luego que el congreso seria un centro de oposicion vigorosa á Iturbide. Aunque la convocatoria ha sido censurada fuertemente porque no se ajustó á la poblacion de las provincias, y porque llamaba á diputados que representasen espe-

cialmente diversas clases ó estamentos, no tiene duda que cualesquiera que hubieran sido las bases de aquella ley, el congreso se habria compuesto de los mismos diputados que lo formaron. Se esperaba generalmente que una mayoría considerable fuese decidida por el órden, por la moderacion y por la armonía con el gobierno, porque en las provincias reinaba un buen espíritu, y se deseaba nombrar á los hombres mas respetables y caracterizados. Por otra parte, cualquiera que fuese el empeño de la oposicion parlamentaria, Iturbide era bastante poderoso en la opinion para regular la marcha de aquella asamblea, y obligarla á conducirse con la prudencia que las circunstancias del pais aconsejaban. Mucho habia perdido con los actos de su gobierno, y con el contraste que presentaban los cortesanos y pretendientes de que estaba rodeado, y la posicion elevada que conservó durante la campaña, mostrándose muy superior á los peligros y á su misma fortuna, y colocando á los hombres en el lugar que debian ocupar conforme á su aptitud y mérito. Pero un crédito tan grande como el suyo, no podia perderse de un golpe, ni la independencia tampoco podia dejar de ser el mejor título de aprecio y consideracion, cualquiera que fuese la política del gobierno establecido. Iturbide debió conocer que los momentos que aun le quedaban para hacer impotentes á sus enemigos y dar una buena direccion á los negocios, eran muy cortos, y que dueño una vez el partido liberal de la influencia parlamentaria, la revolucion seria inevitable, y se terminaria al fin con la ruina del poder que la nacion habia puesto en sus manos.

Aquí debe repetirse sin embargo, que Iturbide procuró constantemente la cooperacion y acuerdo de los hombres mas dis-

tinguidos de ese mismo partido, que á todos dispensó favores muy señalados, que nombró á unos para que fuesen miembros de la junta soberana, y colocó á otros en puestos muy importantes, así del órden civil como de la milicia, no perdonando esfuerzo para ganarlos con toda clase de consideraciones. Pudo equivocarse, y se equivocó en la eleccion de muchas personas, pero este error mas bien dependió de la resistencia que le opuso y de la necesidad á que al fin lo sujetó de rodearse de hombres decididos y que no le fuesen hostiles. Y si aquel sentimiento magnânimo no puede escusar ni la incertidumbre en que mantuvo al pais, ni las demas faltas que cometió, sí condena al partido que tanto se empeñó en ofuscar una gloria que era nacional, y que debió ser el primer fundamento de la union sincera y de una sábia é ilustrada administracion. Colocados, pues, Iturbide y el partido liberal en tan falsas posiciones, ni uno ni otro podian conservarlas, y el pais iba á ser víctima de un desacuerdo que comprometia la responsabilidad de todos, y que no podia salvar ningun interes, ningun principio, y ninguna opinion por respetable que fuese.

En los cinco meses que habian trascurrido desde Septiembre hasta Febrero en que debia instalarse el primer congreso, nada se habia hecho que pudiese dejar satisfecha á la nacion, y preparase mejoras importantes en todos los ramos que se hallaban desconcertados lastimosamente. Los decretos de la junta sobre arreglo de aduanas marítimas y rentas del erario, hacian notar desde luego los defectos de nuestro carácter, porque nada tenia concierto, ni descansaba en un plan meditado de administracion; y así es que al mismo tiempo que se disminuian las entradas por las bajas que se habian decretado en ramos tan importantes

como el de alcabalas, minería y otros muy productivos, se creaban oficinas y se concedian pensiones que no podian pagarse. Los gastos públicos no se cubrian, y el nuevo presupuesto pasaba de veinte millones, sin que se contase ni con una tercera parte. Todos los títulos que Iturbide habia presentado en Septiembre, habian perdido mucho de su valor en Febrero, porque no podian responder ya ni del desprendimiento, ni de la grandeza de carácter, ni de la capacidad para la administracion del primer gefe de las Tres garantías. La lucha parlamentaria, en consecuencia, cualquiera que fuese el buen espíritu de la mayoría de los diputados, no podia dejar de ser favorable al partido contrario al gobierno. Los hombres mas diestros dirigian al liberal, y éste, como sucede siempre, ganaba nuevos sectarios, no por lo bueno que proponia, ni por la conducta que observaba, sino por el descrédito de la administracion, que obligaba á muchos à atacarla, aunque con el profundo sentimiento de unirse en este punto con los liberales.

Las facultades que habia concedido la junta á Iturbide como generalísimo y almirante, daban á su persona y autoridad todo el brillo que habia tenido el ministro favorito de Cárlos IV. Aunque el pueblo no solo estimaba esta investidura tan parecida á la magnificencia y alta representacion de los vireyes, sino que esperaba con inquietud que fuese elevado á la imperial y que se constituyese pronto una córte espléndida, los liberales y los que reflecsionaban en la modesta grandeza del gefe de la revolucion, censuraban por diversos principios esta especie de parodia que chocaba tanto mas, cuanto que no se podian olvidar las escenas tristes del príncipe de la Paz. La opinion ilustrada que aplaudió al principio este engrandecimiento, fué perci-

biendo despues la insuficiencia de honores que no podian competir con los servicios de 1821; y cada dia se mostraba mas descontenta de la multitud de empleos que se conferian, del escesivo número de consejeros que rodeaban al gobierno, y del diverso sistema que habia adoptado el que lo dirigia para dominar las circunstancias, como lo habia hecho antes, de una manera digna y honrosa. Todo indicaba ya que no habia disposicion alguna para que se estableciese el gobierno conforme al tratado de Córdoba, y que se aprovecharian bien los elementos populares para satisfacer el voto de las provincias.

Los liberales con una inconcebible ceguedad, favorecian toda clase de doctrinas contrarias al poder público, y daban á la imprenta el funesto desarrollo que la iba á convertir bien pronto en una arma terrible contra todo gobierno establecido. Las cuestiones de grande interes tenian un centro comun, que era la oposicion al presidente de la Regencia, y los partidos preparaban ya las cosas para un cambio violento que habia de ser el orígen de ulteriores trastornos y revoluciones. Los combustibles que se aglomeraban eran tanto mas inflamables cuanto era mayor la relacion que tenian las reformas que se creían necesarias con la caida ó engrandecimiento de determinadas personas. El partido liberal olvidaba que quitado de enmedio el hombre de la revolucion no era posible que ningun gobierno fuese respetado, y que la situacion del pais ecsigia sacrificios de todo género para no irritar su amor propio y arrastrarlo á un golpe de estado tan funesto para él, como para el órden y tranquilidad pública. La ambicion de Iturbide, escitada por sus consejeros, no era ciertamente el principal resorte de su conducta: su amor propio mas bien lastimado por sus enemigos, lo llevaba

hasta la estremidad de no respetar á la representacion nacional si se declaraba hostil á su persona.

Bravo, Victoria y Barragan habian sido arrestados como gefes principales de una conspiracion republicana, y fueron puestos en libertad, porque nada pudo probárseles, aunque era público su desafecto y oposicion al gefe de la Regencia. Sus planes en efecto no podian contraerse por entónces al establecimiento de la república, porque unidos al partido liberal, no debian abrazar ni protejer otros intereses que los suyos; y este último estaba muy distante todavia de abandonar la causa de la dinastía llamada á reinar en México. La supuesta conspiracion, como era natural, desacreditó al gobierno, aumentó el número de sus enemigos, y obligó á estos á una union, tanto mas estrecha, cuanto era mas poderoso el hombre que gobernaba.

Algunos sucesos lamentables presagiaron tambien desde los primeros dias del gobierno independiente el desenfreno de las pasiones políticas y el furor de las venganzas y persecuciones. El coronel español Concha al salir de Jalapa con direccion á Veracruz, donde debia embarcarse, habia sido asesinado de la manera mas alevosa é infame, y ni la indignacion que causó en la Regencia y en la junta este escándalo, ni las providencias que dictaron para castigarlo ejemplarmente, ni el empeño con que se perseguia al autor de un folleto despreciable sobre la imposibilidad de conservar la garantía de la union, pudieron borrar las impresiones que dejaban en los ánimos estas chispas revolucionarias, precursoras de un trastorno general. Bajo tan funestos auspicios se instaló el primer Congreso en Febrero de 1822.